

# PROGRAMAS ESCOLARES DE CONVIVENCIA, conflictos, mediación y paz

**MANUEL SEGURA MORALES**

Profesor jubilado de Psicología Educativa  
Universidad de La Laguna  
mseguramorales@gmail.com

¿Por qué no dan resultado muchos programas escolares de convivencia, de solución de conflictos, de mediación, de educación para la paz?

Ante el auge de la agresividad, del acoso escolar y del vandalismo en centros escolares, han surgido, en poco tiempo, muchos programas para enseñar a convivir asertivamente. La gran mayoría de esos programas, por no decir la totalidad, son ricos, creativos, inteligentes, bien diseñados. Pero el profesorado, las autoridades escolares, los padres y el público están constataando, con sorpresa y hasta con cierto desconcierto, que los resultados de esos programas quedan muy lejos de lo que prometían: los frutos prácticos, en la mejora de la convivencia son generalmente muy escasos.

Naturalmente, para dar un dictamen definitivo sobre la validez o inutilidad de esos programas, habría que hacer una evaluación rigurosa de cómo se aplicaron; si el responsable de impartir el programa estaba cualificado, si se dieron todas las horas programadas, si el alumnado fue estable a lo largo de las sesiones, si esos alumnos fueron participativos, si se realizaron las actividades programadas o se improvisaron otras distintas. Pero incluso antes de que se haga esa evaluación, me atrevo a presentar una hipótesis radical: *los programas no dieron resultado porque los alumnos no estaban capacitados para recibirlos.*

Si una institución, pública o privada, promoviera unos cursos excelentes sobre “cómo aterrizar en medio de una niebla densa”, o sobre “cómo despegar de una pista cubierta de hielo”, todo el mundo entendería, aunque no se recordase explícitamente en el anuncio, que esos cursos eran para pilotos. No se le ocurriría inscribirse a un panadero, a un futbolista o a un profesor universitario de Filosofía. Para quien no fuera piloto, el curso sería una actividad inútil y además, casi incomprensible; una pérdida total de tiempo.

Pues bien, sugiero que eso es lo que está pasando con los cursos de convivencia, de mediación, de paz, de resolución de conflictos. *Para saber convivir en paz, para resolver conflictos, solos o con la ayuda de un mediador, lo primero que se necesita es que quienes conviven sepan relacionarse como personas.* O dicho más breve y más rotundamente: es necesario que quienes conviven sean personas. Si no lo son, estamos dando cursos de pilotos a panaderos.

Para saber convivir en paz, para resolver conflictos, solos o con la ayuda de un mediador, lo primero que se necesita es que quienes conviven sepan relacionarse como personas.



Manuel Segura Morales

Tanto la Filosofía, desde Aristóteles, como la Psicología, insisten en que *para que un individuo merezca el título honorífico de “persona”, necesita tres requisitos: saber pensar, conocer y controlar las emociones y, tener asimilados los valores morales básicos*. Si una sola de esas condiciones falta, no tenemos una persona, sino un aprendiz de persona, una persona en construcción

Un alumno necesita saber **pensar**, no sólo para aprender Matemáticas o Historia, sino para resolver sus conflictos interpersonales, *buscando alternativas, previendo consecuencias, poniéndose en el lugar del otro*. Si no piensa, no tendrá más alternativas que las que dicta la zona animal de su cerebro: huida o ataque. O pegar o recibir, o pisar o dejar que lo pisoteen. Es la falsa y trágica disyuntiva que muchos dan como evidente y que naturalmente termina en la agresividad, pues nadie quiere ser un perdedor, nadie quiere dejar que lo pisoteen, nadie quiere ser tenido por cobarde y por idiota. Si damos por supuesto que la única alternativa a eso es agredir, le estamos animando a que sea agresivo, violento, injusto.

**Un alumno necesita tener unos valores morales básicos. Sin ellos, cuanto más inteligente sea y cuanto mejor conozca sus emociones y las ajenas, será más peligroso.**

Un alumno necesita **controlar sus emociones**, sobre todo la ira, el miedo y la tristeza. La ira es la emoción más peligrosa, que puede terminar en acciones violentas, trágicas: destruir cosas valiosas, insultar a quien consideramos amigo, incluso matar. El miedo puede llegar a paralizarnos. Claro que hay un miedo sano: el que nos aconseja no pisar demasiado el acelerador, o ir despacio en la moto cuando la carretera está mojada, o no subirnos a una ventana alta para limpiar los cristales, o no soliviantar a un perro peligroso. Pero hay un miedo malo, irracional, al que los psicólogos llaman “fobias”: miedo a espacios pequeños (como un ascensor), miedo a animales no peligrosos, como los gatos o a insectos sin fuerza (como las cucarachas), miedo al dentista, miedo a volar. La *tristeza profunda* y continuada, a la que llamamos “depresión”, es un enemigo peligroso, pues quita las ganas de comer, de reír, de tratar con otros, de vivir. El depresivo piensa que esa depresión no acabará nunca y se obsesiona con la idea de que la única salida es el suicidio. Aunque piense bien, aunque quiera tomar la decisión correcta, esas emociones lo pueden trastornar y llevarlo a portarse irracionalmente.

Un alumno necesita tener unos **valores morales** básicos. Sin ellos, cuanto más inteligente sea y cuanto mejor conozca sus emociones y las ajenas, será más peligroso. Hay delincuentes muy inteligentes y con un gran control emocional, pero sin ningún freno moral. Los valores de los que hablamos son las grandes realidades morales que ha



ido descubriendo la Humanidad a lo largo de los siglos, bien sea con la ayuda de las religiones más serias, bien por medio de la razón humana, serena y lúcidamente aplicada. Esos valores son: ante todo la *Justicia*, que es dar a cada uno lo suyo (¡qué radical revolución nos está pidiendo este valor, ante el reparto tan injusto de bienes en nuestro mundo!); la *paz*, que no es sólo ausencia de conflictos armados, sino saber convivir y colaborar con quien piensa de modo distinto a nosotros (qué maravilla sería llegar a vivir esta paz en la España política actual y en el trabajo y en la familia); la *responsabilidad* ante aquellos trabajos o actividades a las que nos hemos comprometido; la *sinceridad*, que llega a aborrecer la mentira, cualquier mentira, las pequeñas en la vida de cada día y las grandes en la política y en la propaganda; la *amistad*, que valora a un amigo más que al dinero o el interés, una amistad que es fidelidad y ayuda sincera; el *respeto* a quien se lo merece, y todos se lo merecen; la *compasión*, hacia el más débil y hacia quien sufre...

En resumen, **antes** de los programas de convivencia, de paz, o de mediación y resolución de conflictos, hay que enseñar a pensar, a controlarse, a “valorar los valores”. Es lo que están haciendo en muchos centros escolares de no pocas Comunidades Autónomas, con notable éxito. Hay materiales publicados para facilitar ese triple trabajo a los padres y profesores. A cualquier curso de convivencia o de resolución de conflictos o de mediación deberá siempre anteceder un programa para formar **personas**. No hay que perder la esperanza, pero no podemos seguir con cursos de aterrizaje y despegue para quienes no son pilotos. ■

### Para saber más

- CARRERAS, L. (2003). *Cómo educar en valores*. Madrid: Narcea.
- GOLEMAN, D. (2006). *Inteligencia social*. Barcelona: Kairós.
- SEGURA, M. (2010). *Enseñar a convivir no es tan difícil. Para quienes no saben que hacer con sus hijos o sus alumnos*. 13.ª edición. Bilbao: Desclée.
- SEGURA, M. y MESA, J. (2011). *Enseñar a los hijos a convivir. Guía práctica para dinamizar escuelas de padres y abuelos*. Bilbao: Desclée.